

PRUEBA DE EVALUACIÓN CONTINUA

Curso académico 2018/19

GRADO EN FILOSOFÍA

ÉTICA II

COMENTARIO DE TEXTO

El malestar en la cultura

S. Freud

Alumna: Aida Fernández Salvans

UNED CERVERA

“De modo que además del Eros habría un instinto de muerte; los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y el antagonismo de ambos. Pero no era nada fácil demostrar la actividad de este hipotético instinto de muerte. Las manifestaciones del Eros eran notables y bastante conspicuas; bien podría admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; pero esto, naturalmente no tenía el valor de una demostración. Progresé algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción. De tal manera, el propio instinto de muerte sería puesto al servicio del Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo. Por el contrario, al cesar esta agresión contra el exterior tendría que aumentar por fuerza la autodestrucción, proceso que de todos modos actúa constantemente.”

S. Freud, *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial. Tercera edición. p. 119

Sigmund Freud (Freiberg, antigua Moravia 1856 – Reino Unido 1939), considerado el padre del psicoanálisis, dedica gran parte de su trabajo como médico neurólogo a investigar el origen o las causas de la neurosis -ahora denominado desequilibrio mental-. En sus ensayos una de las principales premisas será la relación de los traumas de la infancia no resueltos con la conducta del individuo en la edad adulta y sus patologías mentales. En *El malestar en la cultura* (1929) -que será una de sus últimas obras-, completará la estructura de su teoría acerca de la tensión entre el individuo y la sociedad, entre el deseo y la razón, entre el placer y el castigo, como causa primera de las enfermedades socioculturales o neurosis, junto con *Tótem y tabú* (1913) y *El devenir de la ilusión* (1927) en las que ya vino formulando respectivamente: a) la hipótesis de la no-satisfacción de los instintos libidinosos y agresivos como mecanismo de resolución de la neurosis; y b) la de la idea de la compensación de la frustración que genera tal no-satisfacción instintual mediante la sublimación de ésta con sustitutivos intelectuales, a saber: el arte, la filosofía, la religión, las ideologías (1).

En primer lugar, en cuanto a este fragmento podemos extraer tres ideas clave: a) la interacción, en mi comportamiento dentro de la cultura -en y con la sociedad-, entre el amor o vida (*Eros*) y muerte (*Thanatos*), representada aquélla por la lívido y ésta por la pulsión de agresividad; b) del silencio del instinto de muerte, que emerge del inconsciente, el *ello*, que opera sometido por la necesidad de satisfacción y que debe ser frustrada por el *superyó* mediante severas acciones (2); y c) la dificultad de demostrar cómo se generan estos actos agresivos en el mundo interior, encontrando la solución en un giro hacia el mundo exterior; de adentro hacia afuera.

Conviene subrayar que Freud ha tenido muy en cuenta en sus investigaciones la historia de la historia, esto es, el origen de la vida en sociedad, para empezar, hasta su actualidad como punto final; lo primero, es una necesidad para superar el problema de la fuerza de la naturaleza y el peligro que conlleva para la vida individual (o en pequeños grupos) y, lo último, otra necesidad para la pacífica convivencia en sociedad que, aun entonces tutelados por una ya no tan férrea institución religiosa. Eran librepensadores con cierto recorrido.

De modo que además del Eros habría un instinto de muerte; los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y el antagonismo de ambos.

Por tanto, será preciso mostrar que en toda época ha habido comportamientos muy distintos, algunos hasta antagónicos, establecidos culturalmente. Baste como muestra la esclavización del hombre o el menosprecio hacia la figura de la mujer en todos los

ámbitos sociales, esto es, el uso del hombre como medio y no como fin. Pero, aparentemente, también se ha superado lo anterior (al menos se han puesto instrumentos para que así sea); y más: se ha evolucionado en educación, en tecnología, en derechos humanos. Ahora tenemos la posibilidad de emancipación conductual e intelectual; en otros términos, de ser libres en nuestros actos y no sólo en los pensamientos.

En definitiva, han circulado por la historia muchas y variadas conductas según la cosmovisión conceptual del *ser* y del mundo; y obviamente de los recursos de los que hemos dispuesto. Sin embargo, la estructura psicológica interna y externa, lo individual y lo social, se ha mantenido. No hemos dejado de ser *yoidades* viviendo en común, en una determinada cultura -basada en preceptos inviolables sin consecuente acción de la autoridad colectiva exterior-; en un *superyó cultural*. En particular, la convivencia con nuestros instintos tampoco ha variado.

Luego, nuestras pulsiones libidinosas y agresivas, que genera la energía psíquica del *ello*, siguen interactuando con la autoridad individual interior, *superyó* (3). De manera que lo que supondría que nos debería hacer libres y felices -la vida en sociedad y todos los productos culturales que en ella fundamos-, en realidad genera una tensión entre nuestro deseo de felicidad y la norma de convivencia; entre *Eros* y *Thanatos* (4).

Con esto quiero decir que la vida en sociedad conlleva el respeto de los preceptos culturales; para decirlo en palabras de Freud, de los preceptos del *superyó cultural*. No sólo para eludir el castigo sino para no perder el amor, el *Eros*, de los otros. No obstante, como diría más de un siglo antes Immanuel Kant, como *persona* soy socialmente insociable. Por tanto, necesito ser sociable para vivir en libertad; pero tengo coartada la libertad de no “*amar al prójimo*”, de agredirle. No se me permite ser insociable. Puesto que la mayoría nos conformamos con imaginar situaciones penosas para con los demás, en nuestro mundo interior, esa agresividad en realidad sí se manifiesta. Y esto genera angustia. Veamos porqué.

bien podría admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; [...] De tal manera, el propio instinto de muerte sería puesto al servicio del Eros, pues el ser vivo destruiría algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo.

Si aceptamos que esta necesidad de amor y de evitar el desamor o el castigo, viene determinada, según Freud, en la primera etapa de la vida, una vez superada la percepción primaria de la *yoidad* -en la que el mundo se presentaba como un *todo*-, se *des-cubre* un mundo exterior en el que interactúo para obtener amor, calor y sustento. Pero también se hace manifiesto un mundo interior en el que siento, pienso y decido.

En este momento Freud hace necesaria la “*situación edípica*” en la que uno de los dos progenitores se convierte en objeto libidinoso y el otro en rival; volviendo a aparecer esa tensión entre amor y odio, entre deseo y miedo al castigo (5); pero con la particularidad que esta “*primera angustia*” tensional es la que instaura la instancia de autoridad interna o *superyó*; como proclama el autor en una fase avanzada del texto a comentar, *la conciencia* (6). Desde este primer momento, se hará más grande en tanto en cuanto aparezca una nueva forma de instinto de agresividad. Sea ésta manifestada hacia el exterior o no.

Dicho lo anterior, cómo actúa *Thanatos* es un concepto interesante de analizar puesto que se manifiesta con frecuencia ¿Cómo, entonces, resuelve Freud este problema? Con los sentidos. Y concretamente con la vista y el oído puestos en el mundo exterior.

Pero no era nada fácil demostrar la actividad de este hipotético instinto de muerte.

En consonancia con el mundo exterior, donde se nota todo ese ruido porque son palmarios el odio y la guerra, en el mundo interior se silencia. Precisamente, Freud plantea que toda agresividad no manifestada hacia el mundo exterior, será vertida -intuyo que, aunque no lo dice-, con la misma intensidad, hacia el mundo interior; esto es, hacia el *yo*. Más aún, esta agresividad interna se revela en forma de castigo, reproches, exigencias rígidas; en suma, en comportamientos destructivos y estos comportamientos destructivos serán la simiente de la neurosis.

Finalmente, en una línea igual pero diferente, encontramos dos análisis de las enfermedades sociales: uno en el “*materialismo histórico*” de Karl Marx, con la producción como objeto y la alienación como consecuencia; y el otro en la “*genealogía filologicomoral*” de Friedrich Nietzsche, con los valores culturales como objeto y la pérdida de voluntad como consecuencia. Con sus tesis pretenden demostrar que éstas son las fuentes de las enfermedades socioculturales. Junto con Sigmund Freud, formarán el *Trío de la sospecha* y pondrán patas arriba todo el sistema transformando la crítica en un arte terapéutico, sustituyendo el elemento religioso por el crítico; pues si como dice Nietzsche “*el filósofo es el médico de la cultura*” (7), la crítica debe ser el médico de la razón y con sana razón se puede intentar llegar a un acuerdo entre *Eros* y *Thanatos* mediante el descubrimiento de lo escondido, esto es, de los instintos (8).

En efecto, lo que interesa al trío de la *Escuela de la sospecha* es “*hacer libre aquello que nos ata a la tragedia de la cultura*” (9). En esto último, Thomas Mann no estará de acuerdo, tal y como relata en su texto *Schopenhauer, Nietzsche y Freud* en la que pone en boca de este último que el *ello*, no es menos que una entidad caótica donde la razón no tiene cabida e impera la contradicción en fraternal amistad.

Ahora bien, estará de acuerdo en que no puede resolver tal problema sino mediante el estudio de la enfermedad, Nietzsche de la suya y Freud, además de la propia, de la de los demás. Sólo así puede el hombre alcanzar el verdadero conocimiento psicológico (10) y quizás curarse y curar. Todavía cabe señalar que Schopenhauer propone restablecer la armonía ontológica mediante el poder curativo de la estética, a saber: la contemplación o creación del arte, “*la alegría de un sistema*” metafísico, el orden ideal que da forma al caos; en términos freudianos, la sublimación de los instintos o del *ello* (11).

Resumiendo, en *El malestar en la cultura* (1929), Freud desarrolla la teoría del *superyó* como autoridad que emana de la angustia generada por la agresividad manifestada en el mundo exterior y/o contenida en el mundo interior. A su vez, por revelarse un sentimiento de culpabilidad del que *Eros* es responsable. De manera análoga, expone en el mismo texto cómo se genera el *superyó cultural*, a saber: a partir de este *superyó* sumado al *superyó* del otro. El *superyó cultural* determinará el comportamiento social desde lo individual y generará tanto el sentimiento agresivo indiscutible para Freud, como de las consecuencias de su represión; tanto por la autoridad exterior como la interior. La lucha interna viene desarrollándose como sigue a continuación.

Primero, aparece un instinto agresivo que me hace sentir culpable ya que en realidad no quiero tenerlo. Segundo, intento sustituirlo mediante el ocio, o la sublimación creativa o mediante las drogas. En último término, de estos tres “*mecanismos de sustitución*”, el primero y el tercero son potencialmente destructivos. Sólo el segundo, la transformación de esta agresividad, su elevación a un estrato más noble, la sublimación, puede ser la manera de salvarse de los castigos del *superyó*. Sin embargo, hemos resuelto que tampoco esta acción nos asegura tan preciada salvación en vida puesto que el instinto ya ha actuado.

La pregunta que subyace es si antepone el amor exterior al interior. Si es más fácil reparar la relación del *yo* con el *superyó* o la del *yo* con los otros; para decirlo con palabras de Kant: si preferimos seguir tutelados por los preceptos culturales, dictados cuando se escribió este texto por la Iglesia Cristiana. O, por el contrario, si optamos por analizar libremente su situación, puesto que efectivamente dicho instinto agresivo existe, sí; porque puede ser racionalizado individualmente y comprendido, tal y como han querido demostrar los *Filósofos de la sospecha*, intentado destapar lo tapado -hacer consciente lo inconsciente- con el fin de analizar la cualidad de tales instintos en cada situación.

En conclusión, no se trata de vencer las pulsiones de *Thanatos* sino de convivir con ellas igual de bien que intentamos convivir en sociedad y que, aunque sepamos que no será *perfecto-todo-el-rato*, debemos intentar que lo sea y ser optimistas en tanto en cuanto puede serlo. En esto debe consistir la libertad.

Aida Fernández i Salvans

Lleida, 25 de marzo de 2019

NOTAS

- 1-. Octave Mannoni; *Sigmund Freud*, Edicions 62, Barcelona, 1991, pp. 134-135.
- 2-. Ibid., p. 132.
- 3-. Navarro Cordon; *Historia de la filosofía*, Ed. Anaya, Madrid, 1978, p. 528.
- 4-. Ibid., p. 532.
- 5-. Ibid., p. 530.
- 6-. Sigmund Freud; *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Madrid, 2010. Tercera edición, p. 130.
- 7-. Norbert Bilbeny (Ed.); *Grans fites de l'ètica*, Editoria Cruïlla, Barcelona, 2000, p. 173.
- 8-. Ibid., p. 176.
- 9-. Ibid., p. 177.
- 10-. “El territorio del ello, dice Freud, es la parte oscura, inaccesible, de nuestra personalidad; lo poco que de él sabemos lo hemos logrado adquirir por el estudio de la actividad onírica y de la formación de síntomas neuróticos. Freud describe el *ello* como un caos como una caldera de excitaciones hirvientes. [...] Con las pulsiones el *ello* se carga de energía, pero él carece de organización, no aporta ninguna voluntad general, sino sólo el afán de apaciguar las exigencias de las pulsiones, manteniendo el principio de placer. Thomas Mann; *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, Alianza Editorial Filosofía, 2000, p. 177.
- 11-. “La alegría que nos produce contemplar un sistema metafísico, el contento que nos proporciona ver organizado espiritualmente el mundo en una construcción mental dotada de unidad lógica y apoyada de un modo armoniosa en sí misma: esa alegría y ese contento son siempre de naturaleza eminentemente estética; tienen el mismo origen que el placer, tienen el mismo origen que la satisfacción elevada y tienen, en su último fondo, siempre serena con que nos obsequia la acción del arte una acción que introduce orden, que da forma, que hace transparente y abarcable con la mirada la confusión caótica de la vida”, Ibid., p. 17.

BIBLIOGRAFÍA

Josep Ramoneda, Artículo “Què és la il·lustració”, Lliçó inaugural del curs 2007/08 a l’Escola Eina, 30/9/2017.

Navarro Cordon; *Historia de la filosofía*, Ed. Anaya, Madrid 1978.

Norbert Bilbeny (Ed.); *Grans fites de l’ètica*, Editoria Cruïlla, Barcelona 2000.

Octave Mannoni; *Sigmund Freud*, Edicions 62, Barcelona 1991.

Sigmund Freud; *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Madrid 2010. Tercera edició.

Thomas Mann; *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, Alianza Editorial Filosofía, Madrid, 2000.